

no ataca en manera alguna nuestra libertad. Es una educacion que desarrolla nuestras facultades y no las destruye. Dejamos, pues, á salvo el derecho del individuo, dándole á la vez un poder inmenso por la confianza que tiene en el apoyo de Dios. Esto no es un nuevo fatalismo bajo el nombre de gobierno providencial, porque la accion de la Providencia, bien comprendida, es todo lo contrario del fatalismo: el hombre mismo hace su destino; lo hace bajo la mano de Dios, pero Dios no ayuda más que á los que se ayudan á sí mismos.

CAPITULO II.

LA INFALIBILIDAD Y LA INMUTABILIDAD DE LA IGLESIA.

§ I.—La infalibilidad.

I.

Hay completa oposicion de ideas y de sentimientos entre la filosofía y la Iglesia. El dogma del progreso, que inspira á los filósofos implica que la humanidad es imperfecta pero perfectible, lo cual supone que no posee nunca la verdad absoluta, aún cuando se aproxima incesantemente á ella. La Iglesia, por el contrario, enseña que hay una verdad comunicada por Dios, de la cual ella es depositaria. Jesucristo, al revelar la ley de la vida, ha fundado al mismo tiempo una Iglesia para mantenerla en su pureza, para explicarla, para desarrollarla. Cuando la Iglesia resuelve sobre una cuestion de religion ó de moral, es infalible, así lo dice el *Catechismo romano* (1), y Bellarmino añade que lo mismo sucede en las demas cosas, aún en las que no están prescritas en la Sagrada Escritura (2). Es imposible que la verdad absoluta cambie ni en un ápice; el progreso aplicado á la verdad revelada es un sacrilegio, porque sería tanto como decir que Dios es imperfecto. Por consiguiente, la consecuencia de la revelacion y de la infalibilidad de la Iglesia es la inmutabilidad de la religion y de la moral. En la doc-

(1) *Catechismus Romanus*, I, 10, 18; «*Ecclesia errare non potest in fidei ac morum disciplina tradenda.*»

(2) BELLARMINUS, *De Ecclesia milit.*, cap. XIV.

trina de los filósofos todo es vida y movimiento. En el seno de la Iglesia todo es inmutable como la muerte. Esta oposición no se limita á las reglas religiosas y morales; el cristianismo, como toda religion, tiene una concepcion particular de la vida civil y política: hay un Estado cristiano, como hay un Estado musulman. Esto es cierto principalmente en el catolicismo. Hay hasta una ciencia católica. De donde se deduce que la existencia entera de la humanidad está dominada por una ley inmutable, cuyo intérprete infalible es la Iglesia.

¿En qué se funda la infalibilidad de la Iglesia? Uno de los profundos pensadores del catolicismo, Pascal, confiesa que sería un extraño milagro que Dios hubiese concedido el dón de la infalibilidad á un hombre, el papa. Pero encuentra muy natural que la infalibilidad exista en la multitud, es decir, en el cuerpo de la Iglesia representada por los concilios (1). Si la infalibilidad es un milagro extraño en una persona, es igualmente inconcebible en varias. Los concilios se componen de obispos y doctores; cada obispo, en el momento de poner el pié en la asamblea, es un sér imperfecto y falible; en cuanto se reúne con otros prelados, tan falibles como él, de repente se convierten todos en infalibles. En el siglo XVII una princesa alemana, la duquesa Sofia de Hanover, expresó el mismo pensamiento en términos poco reverentes, pero no ménos exactos: «Cada uno de los miembros del concilio vale ménos que el diablo; y cuando todos estos condenados se encuentran juntos, lo que se les ocurre procede de Dios, lo cual me sorprende, no estando, como no estoy, acostumbrada á creerlo.»

Un filósofo cristiano, poco aficionado á los milagros, ha tratado de explicar el dón milagroso de la infalibilidad. «En todas las sociedades, dice Malebranche, es necesaria una autoridad. Ahora bien, la Iglesia es una sociedad de institucion divina para conducir los hombres al conocimiento de la verdad. Luego es evidente que su autoridad debe ser infalible, á fin de que se pueda llegar á donde Dios quiere que lleguemos todos, sin vernos obligados á seguir el camino peligroso é insuficiente del exámen.» ¿Por qué es insuficiente el camino del exámen? «Porque la razon del hom-

(1) PASCAL, *Pensamientos*, XXIV, 85.

bre está debilitada. Los libros sagrados no bastan para las gentes sencillas. Necesitan una autoridad infalible que les afirme la divinidad de la Escritura» (1). Responderemos al filósofo frances, como lo ha hecho ya un libre pensador: «Sería ciertamente muy cómodo, dice Bayle, tener un oráculo viviente que nos dijera con seguridad la intencion del Espíritu Santo, sin equivocarse nunca. Pero me parece mucho atrevimiento por parte de nuestra razon prescribir á Dios lo que debe hacer, y deducir que ha hecho una cosa, porque nosotros nos imaginamos que su existencia sería cosa muy cómoda para nosotros.» Añádase que una experiencia secular demuestra que el pretendido milagro casi nunca ha conseguido el fin que debe justificarle, segun Malebranche. El mismo Bayle lo dice: «La infalibilidad de la Iglesia ¿ha impedido la diversidad de opiniones? La Iglesia se ha visto siempre llena de mil disputas, y ha sido desgarrada de mil y mil maneras. Preciso es, pues, que Dios la haya dejado un remedio muy inútil y muy incapaz de curar el mal, lo cual en un médico sería una falta de sabiduría tan grande como si no recetase nada á su enfermo» (2). ¿Se dirá que si hay disputas, la culpa es de los que disputan, pero que esto no impide que exista una regla infalible que ilumine á los que escuchan á la Iglesia? Esto es tan poco cierto, que al cabo de dos mil años, como luego veremos, no se sabe todavía en quién reside la infalibilidad, si en el papa, ó en los concilios. Si la infalibilidad es una cosa tan excelente, un remedio soberano para los tormentos de nuestro espíritu, ¿por qué no define la Iglesia quién es infalible, en qué casos y con qué condiciones?

Hemos respondido á Malebranche desde el punto de vista del cristianismo. La filosofía tiene otras muchas respuestas que darle. En primer lugar, rechaza el milagro de la infalibilidad, precisamente porque es un milagro, el más imposible de todos, porque trasmite á los hombres un dón que es tributo exclusivo de Dios. Y ¿sobre qué bases tan deleznales se levanta tan prodigioso edificio! «La infalibilidad de la Iglesia, dice Malebranche, se funda

(1) MALEBRANCHE, *Coloquios sobre la Metafisica* (Obras, t. I, p. 237 y sig., edic. Charpentier).

(2) BAYLE, *Crítica de la Historia del calvinismo*, carta 29 (Obras, t. II, p. 143).

en la divinidad de Cristo, que la asiste.» Y ¿en qué se funda la divinidad de Cristo? En el testimonio de la Escritura. Y ¿quién nos asegura que la Escritura es la palabra de Dios? La Iglesia, que en definitiva se proclama infalible á sí misma. ¡Y habrá que creerla por su palabra! El fundamento racional imaginado por los defensores de la Iglesia es todavía más débil que la autoridad de la Escritura. ¿El dogma de la infalibilidad ha sido inventado para poner fin á las incertidumbres que agitan al espíritu humano? Bayle compara á Dios con un médico. Ahora bien, el médico deja obrar á la naturaleza, que tiene, en efecto, todo lo que se necesita para la curacion; ésta no tiene lugar sin sufrimientos; pero ¿será necesario enseñar á los católicos que el sufrimiento es una condicion de nuestra imperfeccion? Lo que es cierto del mal físico, lo es todavía más del mal moral. Dios nos ha creado para buscar la verdad, y para practicarla en los límites de nuestra debilidad. Si esto no se realiza sin dolor, estos dolores son tambien nuestra gloria. Digamos más: solamente por estos sufrimientos llegamos á la verdad; la verdad se conquista con el sudor de nuestra frente, no se aprende como se enseña á los niños el *Pater noster*.

Llegamos al vicio fundamental del dogma de la infalibilidad. Falsa la religion, porque crea una regla impuesta á la conciencia por una autoridad, á la que no es lícito contradecir, al paso que la religion es una relacion libre entre el hombre y Dios. La libertad es de la esencia de la religion. Ahora bien, el dogma de la infalibilidad hace la libertad imposible para siempre. ¿Se concibe que un individuo oponga su conviccion individual á una autoridad que se confunde con Dios? El que lo hiciera, sería loco ó criminal. Por esto la Iglesia llama herejes á los que se atreven á apartarse de sus decisiones; los entrega á Satanás en el otro mundo, y en éste á las hogueras de la inquisicion. Pero el reinado de Satanás ha pasado, así como el de los inquisidores. De hecho, la sociedad moderna está por completo fuera de la Iglesia; ha reemplazado la autoridad infalible por el derecho del individuo. Y el día en que la conciencia se ha proclamado soberana en el órden religioso, es cuando ha nacido la verdadera religion. Hasta entónces el hombre esclavizado cumplía con los deberes de la religion, no porque eran deberes, sino como el esclavo obedece á su amo, por

temor al látigo ó á las cadenas. La Iglesia infalible se engaña de una manera singular cuando quiere someter al individuo libre al poder que ántes ejercía sobre el creyente. El régimen de la autoridad infalible puede ser bueno para pueblos jóvenes; pero los pueblos soberanos no se someterán á él nunca. Obstinándose en mantener su infalibilidad, la Iglesia abre por sus manos su sepulcro. Porque el fin que se propone no es un secreto para nadie; lo que quiere salvar es su dominacion con el pretexto de la salvacion de los fieles. Este es el único sentido que tiene la infalibilidad en el siglo XIX. Ahora bien, esta dominacion es inconciliable con la libertad del individuo y con la independencía de las naciones, lo cual quiere decir que es el mayor imposible de los imposibles.

Hemos dicho que toda religion produce una concepcion política. La historia de la Edad Media nos ha enseñado cuál es el ideal político del catolicismo; el papa gobierna la cristiandad, teniendo á su lado el emperador como ejecutor de sus voluntades. Es una monarquía universal, cuyo más firme apoyo es el dogma de la infalibilidad. Los legistas, enemigos natos de las pretensiones ultramontanas, no han podido ménos de hacerlo observar. «Si se pudiera persuadir á los hombres de que el jefe de una sociedad eclesiástica extendida por toda la tierra es infalible, pronto sería el soberano del universo.» Estas palabras de La Chalotais son de incontestable evidencia (1). ¿Se dirá que el pontificado no piensa ya en la monarquía universal? Queremos creerlo; pero en este caso, que abdique igualmente sus soberbias pretensiones á la infalibilidad. Hay otra consecuencia de la soberanía de los papas, que es preciso admitir, si es cierto que la Iglesia es infalible. Los papas, ya solos, ya de acuerdo con los concilios, han dispuesto muchas veces del poder temporal de los soberanos, traspasado los cetros y los imperios, absuelto á los súbditos de los juramentos que los unían á sus príncipes. Si los papas son infalibles, aquellos decretos tienen la autoridad de un dogma, y son inmutables como la verdad eterna (2). Esta es efectivamente la opinion de los ultra-

(1) LA CHALOTAIS, *Informe sobre las constituciones de los jesuitas*, t. I, p. 205.

(2) D'AGUESSEAU, *Memoria sobre los asuntos de la Iglesia de Francia*. (Obras, t. XIII, pág. 119.)

montanos. ¿Opinan las naciones de la misma manera? Si en el siglo XIX hay alguna quimera, es seguramente la autoridad que los papas ejercen sobre los reyes, cuando no existen más que merced al apoyo de las bayonetas extranjeras; ¿no es ésta una prueba palpable de que su infalibilidad es igualmente quimérica?

II.

La Iglesia es infalible, dice el *Catecismo romano*. Pero, ¿qué es la Iglesia? El catecismo tiene buen cuidado de no definirla, y nunca ha sido posible saberlo. A diferencia de las sectas reformadas, la Iglesia católica forma un cuerpo exterior. Esta es una condicion indispensable para que se pueda pensar en la infalibilidad. En efecto, cuando se dice que la Iglesia es infalible, esto quiere decir que hay una autoridad que decide, bajo la inspiracion del Espíritu Santo, las cuestiones concernientes á la religion y á la moral. Falta saber cuál es esta autoridad. Y sobre tan importante punto, nunca ha recaido decision. Léjos de ello, hay disentimiento absoluto entre los ultramontanos y los galicanos. Unos dicen que es el papa, otros que son los concilios generales; unos y otros fundan sus pretensiones en la Escritura y en la tradicion. Esto basta para destruir los fundamentos de la infalibilidad. Se sostiene que es necesaria una autoridad infalible para guiar á los hombres por el camino de la verdad, ¡y no se sabe quién es esta autoridad! ¡Extraña garantía de certidumbre! Es como si en un Estado no se supiese á quién corresponde el poder legislativo: esto se llamaria la anarquía. Pues bien: la anarquía reina en la Iglesia: ¡y se precia de su autoridad infalible!

El disentimiento que separa á los galicanos y á los ultramontanos basta para probar que la infalibilidad no tiene sentido. La condicion comun de la humanidad es ciertamente la de estar sujeta al error. Solamente por un dón milagroso pueden ser infalibles un hombre ó una reunion de hombres. Pero, cuanto más grande es el milagro, más evidentes necesitan ser las pruebas que lo demuestren. Y para la infalibilidad nos encontramos con argumentos que se contradicen y reciprocamente se destruyen. En efecto

los galicanos sostienen que la Escritura y la tradicion demuestran la infalibilidad de los concilios: los ultramontanos prueban con esta misma Escritura y con esta misma tradicion que solamente el papa es infalible. Tenemos, pues, en la Iglesia dos autoridades supremas, cada una de las cuales pretende ser la única legítima. Prueba evidente, dice Bayle, de que la revelacion es muy ambigua, tanto respecto del papa, como respecto del concilio. Si la revelacion es tan ambigua que no es posible determinar cuál es el tribunal infalible que se pretende haber sido instituido por Jesucristo, es claro que la infalibilidad es una quimera. Tal es la consecuencia de Bayle (1), y la del buen sentido.

Aquí pudiéramos detenernos. A los ojos de la razon, el punto está suficientemente discutido. Pero el desacuerdo de los ultramontanos y de los galicanos es demasiado considerable, demasiado curioso, para que nos privemos del gusto de presentar á nuestros lectores esta controversia. Se quiere doblegar nuevamente á la humanidad bajo el yugo de la Iglesia; bueno es que los hombres del siglo XIX sepan con qué deplorables razones ha entretenido la Iglesia por tanto tiempo á sus abuelos. Nunca se ha hecho un abuso tan escandaloso de la estupidez humana. Los galicanos y los ultramontanos nos lo harán ver. Empecemos por los partidarios del papa. Tenemos á la vista un enorme *in folio*, obra de un cardenal; dejemos la palabra al sabio Rocaberti; es imposible tener un guía más autorizado, más ingenuo y más necio.

«No hay nada más cierto en la Iglesia, dice el cardenal, nada más sabido de los católicos, nada más seguro para los fieles, que la infalibilidad del papa» (2). Perfectamente. Hé aquí un dogma más claro que la luz del sol. ¿Y las pruebas, monseñor? Aquí es precisamente donde triunfa la evidencia. Tenemos en primer lugar la Biblia (3). ¡La Biblia, Dios mio, favorable al papa! La Biblia que, tomada al pié de la letra, es la negacion de la revelacion cristiana, puesto que en ella dice Dios que la ley de Moises será eterna! De suerte que se apela á la Escritura Sagrada que destru-

(1) BAYLE, *Crítica de la Historia del calvinismo*, carta 29 (*Obras*, t. II, página 136 y sig.).

(2) ROCCABERTI, *De Potestate summi Pontificis*, t. I, *Praefatio*.

(3) *Ibid.*, I, 2.